

1

La noche se había metido en su interior junto con la rabia que oprimía su pecho mientras se deslizaba por aquella casa desconocida, oscura y silenciosa. En cada paso que daba para atravesar la sala en sombras invertía unos valiosos segundos en los que podía morir más gente.

Si él no sobrevivía a este esfuerzo, pensaba llevarse consigo a un par de esos cabrones por lo menos. No iba a permitir que esos capullos acabaran con ninguna persona más.

Llegó al pasillo y lo recorrió. Aferraba la Sig Sauer con una mano enguantada mientras se asomaba a cada habitación.

Por fin, llegó al dormitorio principal. Frunció el ceño al entrar. Estaba demasiado tranquilo. No se oían ronquidos ni ninguna respiración. Reinaba un silencio de muerte.

Atravesó el espacio negro como la tinta hasta encontrar la cama deshecha, pero estaba vacía, y se tragó una maldición. ¿Cuándo coño...?

La sensación de algo duro y frío presionando la parte posterior de su cabeza le hizo esbozar una mueca y reprimir una maldición.

—Tienes cinco segundos para decirme quién eres y por qué cojones te has colado en mi casa a las tres de la madrugada o te volaré los sesos.

A pesar de la sombría situación, la diversión le hizo curvar los labios.

—Podrías, Hunter, pero creo que tu esposa te cortaría las pelotas si comienzas a matar a la familia.

—¿Joaquín? —preguntó el otro hombre, aunque no bajó el arma de fuego con que le apuntaba al cerebro.

—Kata no tiene más hermanos —señaló.

Desde la esquina llegó un grito femenino. Escuchó una manilla y la apertura de una puerta, y unos pies descalzos correteando por el suelo de madera.

—¡Joder, mujer! —recriminó entre dientes Hunter Edgington a su esposa.

En respuesta, ella encendió la luz y corrió hacia él.

—No pasa nada, cariño.

Joaquín Muñoz entrecerró los ojos ante los repentinos rayos luminosos. Mientras se acostumbraba a la luz, se volvió hacia su hermana. Ella se acercaba a él vestida con un camisón rosa de gasa que no cubría más allá de medio muslo y que demostraba claramente que no llevaba sujetador.

Y lo que era casi peor, su protector marido, Hunter, seguía apuntándole a la cara con un arma que, sin duda, el antiguo SEAL sabía usar.

Kata llegó hasta él con otro femenino grito de placer y se lanzó a sus brazos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la vio? Casi tres años. Toda una vida.

Pero entonces, sintió la fuerza de su barriga contra el vientre y cualquier idea desapareció de su mente.

—¿Estás embarazada?

Kata dio un paso atrás y se pasó la mano por el prominente abdomen.

—Sí.

—Está de treinta y una semanas. —Hunter bajó por fin el arma, pero su tono le indicaba claramente que no molestara a Kata o se las pagaría—. Nos sentimos muy felices.

—Es cierto —convino ella con una sonrisa—. Salgo de cuentas el 30 de mayo. Es un chico. Por favor, espero que te alegres por nosotros.

Joaquín no era muy de parejas ni de cosas de críos, pero el embarazo de Kata era una buena noticia para él. A pesar de que no llevaba ni pizca de maquillaje, Kata parecía brillar. Su sonrisa no era lo único que mostraba su alegría, incluso su pelo castaño oscuro parecía refulgir.

Y si ella era feliz, él también lo era.

—Por supuesto.

Kata se relajó, cogió la bata de una silla y se la puso.

—¿Qué te trae por aquí?

—Sí —intervino Hunter—, ¿qué te trae por aquí en medio de la noche, sin tocar siquiera el timbre? —Los ojos de su cuñado parecían fríos incluso cuando estaba de buen humor. En ese momento mostraban la calidez de un glaciar.

Kata dio un codazo a su marido con un suspiro de exasperación.

—¿Va todo bien? ¿Necesitas una cama? ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—¡Detente, cabrón! —Otro Edgington amenazó desde el pasillo, con una semiautomática apuntándole al rostro. Al verlo, parpadeó—. ¿Joaquín?

—El mismo que viste y calza...

—¡Logan, maldita sea! —Kata puso los brazos en jarras—. Baja el arma. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estaba ayudando a Tara con la comida de las gemelas cuando miré por la ventana. La farola ilumina la valla de atrás, y vi que alguien se colaba en el interior. Al notar que las puertas correderas del salón estaban abiertas, le seguí.

Cuando Hunter lanzó a Kata una mirada de censura, ella hizo una mueca.

—Lo siento. Se me olvidó cerrarla cuando regresé de regar las plantas.

—Y también se te olvidó conectar la alarma —añadió su marido—. De nuevo.

—Joaquín, por Dios, ¿por qué no has llamado al timbre? —Logan parecía casi tan molesto como su hermano.

—No quería despertar a todo el mundo.

—¿A todo el mundo? —ironizó Hunter—. Si solo estábamos en casa tu hermana y yo... Porque es evidente que el maldito perro no sirve para nada. ¡Estúpida bola de pelo!

Joaquín se frotó la nuca. Aquello era justo lo que esperaba encontrar. Sin embargo, necesitaba ayuda, no una reunión familiar. En ese momento en concreto, el rollo ese de la familia era solo una opción, pero sonrió a Kata.

—No estaba seguro, y no tengo tiempo para ser educado.

—¿Corres peligro? —preguntó Hunter bruscamente.

A pesar del cabello dorado que caía descuidadamente sobre su frente, las cicatrices en el hombro, donde había sido alcanzado por una bala casi en el mismo lugar dos veces, y los pantalones de chándal gris con la cintura caída, no dudaba que su cuñado podía matar a cualquiera sin otra arma que sus manos. Y ese era justo el tipo de persona que necesitaba a su lado. Logan, también antiguo SEAL, estaba cortado por el mismo patrón. En ese momento, llevaba el pelo oscuro un poco largo, por lo que comenzaba a rizársele en las puntas, pero jamás cometería el error de confundir al hermano

pequeño de Hunter con un pusilánime. Ambos poseían penetrantes ojos azules y el mismo tatuaje de SEAL en el bíceps, un águila con las alas extendidas que sostenía un tridente.

—Sí —repuso con sencillez a la pregunta que le había formulado su cuñado—. Ya ha habido varios asesinatos, el último hace menos de doce horas.

—¡Joder! —murmuró Hunter antes de volverse hacia Kata—. Vístete y acompaña a Logan a su casa.

—No pienso dejar a mi hermano. —Ella cruzó los brazos sobre el pecho—. Acaba de llegar.

—Ha sido una orden directa, Katalina. —Hunter parecía haberse convertido en una montaña inamovible.

Joaquin notó que su hermana parecía agitada y desafiante. Teniendo en cuenta el collar que lucía en la garganta, no creía que aquella orden se tratara de una simple petición conyugal de un marido a su esposa. Era el mandato inequívoco de un Amo a su sumisa.

«Interesante...».

Ella cogió aire una vez más bastante alterada, pero vaciló y se volvió hacia él.

—No se te ocurra marcharte sin despedirte o te corto los huevos.

Joaquin sonrió de medio lado.

—Si me lo permiten la seguridad y Hunter, me despediré de ti.

¿Kata estaba preocupada porque era parte de su familia o porque estaba empezando la suya? No lo sabía. Dejando a un lado todos esos rollos de que la sangre tira, ella había seguido su camino. Y él el suyo. Le deseaba lo mejor, pero jamás sería un hermano perfecto ni en broma.

—¿Necesitaréis más apoyo? —preguntó Logan—. ¿Llamo a alguien para que se quede con las chicas?

Hunter lo miró, dejando que fuera él quien respondiera. Le chocó un poco, pero imaginó que lo hacía porque era el único que conocía la situación.

—Creo que será lo mejor —respondió finalmente.

—De acuerdo. —Logan sacó el teléfono del bolsillo y se puso en contacto con alguien llamado Tyler mientras Kata se ponía las zapatillas y cogía un bolso de asa entre suspiros. Cuando desaparecieron por la puerta, Hunter los siguió con la vista a través de la ventana mientras cruzaban la calle.

—¿Cuándo os mudasteis aquí? —preguntó Joaquín para llenar el silencio hasta que regresara Logan. No quería tener que explicar la situación dos veces.

—Hace casi año y medio. —El tipo observó a su esposa como un centinela, casi conteniendo la respiración hasta que Logan la acompañó al interior de la casa y cerró la puerta—. No voy a molestarte en preguntarte cómo nos has encontrado.

Sí, tenía sus maneras.

—¿Tu hermano vive en la casa de enfrente?

Hunter asintió.

—Se mudó con su esposa hace unos tres meses, justo antes de que nacieran las gemelas. Pensamos que sería bueno que los niños crecieran juntos.

Más cercanía familiar. Quizá Kata había contagiado a su marido. Pero a él el concepto de gran unión casi le provocaba urticaria, sobre todo en esos días, que no veía más allá de la ira. Sin embargo, se reservó ese dato y se encogió de hombros.

—Es una buena idea.

Unos minutos después, un rubio de enorme tamaño se bajó de una *pickup* negra y se aproximó para llamar a la puerta de Logan. Cuando estuvo dentro, el otro Edgington se dirigió a casa de Hunter. Bien, ahora podrían ponerse manos a la obra. Eso suponía un alivio porque lo necesitaba y... no sabía qué decir a su hermana pequeña.

Logan cerró con llave al entrar y Hunter aseguró las puertas correderas antes de conectar la alarma. Luego se dirigió hacia la cocina y encendió la luz para poner la cafetera y lo miró expectante.

—Cuenta. ¿Corres peligro?

—No. Pero necesito averiguar quién podría ser la próxima víctima de este asesino.

—¿Estás trabajando en un caso? —preguntó Logan.

Él vaciló.

—Oficialmente no.

Vio que ambos hermanos intercambiaban una mirada como si tuvieran una especie de lenguaje secreto que solo ellos entendían. Por último lo miraron a él y Logan asintió.

—¿Te han seguido? —se interesó Hunter.

—No. He tenido cuidado. Pero si no me muevo con rapidez, van a morir más mujeres.

Logan frunció el ceño.

—¿Se trata de un asesino en serie?

—No exactamente, aunque este tipo maneja las variables con tanta habilidad que es evidente que ha tenido entrenamiento y práctica. Pero si fuera un simple asesino en serie, se lo dejaría a la policía.

Cuando el aroma a café comenzó a flotar en el aire, Hunter abrió una alacena y sacó varias tazas.

—¿Leche? ¿Azúcar?

Joaquín frunció el ceño.

—¿Es que te piensas que soy una nenaza?

—¡Oye! —replicó Logan.

Hunter soltó una carcajada.

—A la señorita le gusta el café con leche.

—Que te jodan —murmuró él.

—No, gracias. —Aun contra su voluntad, los hermanos Edgington le resultaban entretenidos. Echaba de menos esa clase de bromas y camaradería. Nate había sido un gran amigo; más cercano incluso que cualquier hermano. Todavía no podía creer que ya no estuviera. Pensar en su pérdida alimentó de nuevo su furia.

Reprimió aquella rabia ciega y se concentró en el caso. Nate había hecho lo mismo hasta su último aliento.

—Entonces, ¿qué es lo que está pasando? —indagó Hunter mientras llenaba las tazas con el café caliente y las deslizaba sobre la encimera.

Joaquín dejó escapar un suspiro y se acomodó en un taburete antes de apoyar los codos en la barra, rodeando la taza humeante con las manos.

—Tengo... —¡Joder, no!—. Tenía un amigo... Trabajé con él antes de que se convirtiera en investigador privado. Le llegó un caso. Un día entró una joven en su despacho para decirle que sentía como si alguien estuviera vigilándola. Jamás vio a nadie, pero sabía que la seguían. Según mi amigo Nate, ella nunca acusó a nadie y no se le ocurría quién podía ser su enemigo. A pesar de que él pensaba que estaba un poco paranoica, aceptó el caso. Era dinero. —Se encogió de hombros—. Luego... unas treinta y seis horas después, no fue capaz de encontrar a la mujer en ninguna parte. Nadie había visto ni oído nada, pero ella no se presentó a trabajar. Así que Nate llamó a la policía. Su casa estaba revuelta, y había signos

de lucha por todas partes. Sin embargo, no encontraron ninguna huella, ni muestras de ADN. Nada. Al día siguiente, la chica apareció muerta. Había sido torturada de una forma horrible antes de morir. —Les enseñó la foto de la escena del crimen en la pantalla de su móvil.

Logan hizo una mueca.

—¿Y después?

—Nate era un buen tipo —continuó él al tiempo que se guardaba el móvil en el bolsillo—. Pensaba que había fallado a su clienta y estaba decidido a averiguar qué había pasado por alto; quería resolver el asesinato. Indagó en las cuentas bancarias, pero la joven tenía una economía saneada. No encontró nada malo en el trabajo, y los registros telefónicos estaban limpios; solo había un número extraño, que resultó proceder de una tarjeta prepago desechable. Por lo que intentar averiguar a quién pertenecía era tan inútil como poner una peli porno a hombres ciegos.

Hunter resopló.

—¿Y después? Porque me da la impresión de que Nate no está con nosotros.

—No. —Apretó los puños mientras trataba de procesar la nueva oleada de pena—. Llamó al número. No consiguió nada. No dejó ningún mensaje. Me pidió que indagara a ver qué podía averiguar. Lo hice y me echaron una bronca.

—¿Una bronca? —se extrañó Hunter—. Si tú no pudiste...

—Agencia de Seguridad Nacional. —Se encogió de hombros. Por lo general, no le decía a nadie qué hacía o para quién trabajaba, pero si quería que le ayudaran, iba a tener que saltarse esa regla.

—Eso aclara el misterio —comentó su cuñado—. Kata siempre se lo había preguntado. Continúa.

Les ahorró la aburrida historia de sus anteriores puestos. Había trabajado para diferentes agencias bajo el férreo control del Tío Sam. La Agencia de Seguridad Nacional solo era la última.

—Pinché la línea. La conversación que escuché entre dos hombres me dejó flipado. Traté de ponerme en contacto con Nate para decirle que se estaba metiendo en algo peligroso. —Se aclaró la garganta, preguntándose por qué la notaba atascada de repente. Sin duda era debido a sus malditas alergias—. No respondió a mi llamada, así que fui a su casa. Le habían ejecutado de un disparo.

La escena se había quedado grabada en su memoria. Nate con las manos atadas en la espalda y la cabeza reventada; sus sesos diseminados por los alrededores. Reprimió un repentino deseo de venganza. Haría pagar a esos cabrones, y le daba igual qué tuviera que hacer para ello.

—Joder —murmuró Logan.

—Estoy seguro de que interrumpí a su asesino. Habían registrado el despacho, pero todavía no habían tocado el resto de la casa. Dado lo que había oído, que su asesinato coincidiera con el de la mujer no fue fruto del azar.

Logan soltó una maldición.

—¿Has averiguado algo más? ¿Hay algún tipo de evidencia?

—He encontrado un montón de mierda que Nate había averiguado recientemente. Me la llevé de la escena del crimen para enseñársela a mis superiores en la Agencia. Me indicaron que dejara de utilizar el material del trabajo para mis asuntos personales. Los asesinatos no son su jurisdicción, y por ello, si no había encontrado señales de terroristas potenciales capaces de atentar contra la seguridad nacional, debía dejarlo estar.

—Pero no lo hiciste. —Era posible que Hunter no lo conociera bien, pero lo entendía lo suficiente como para no formular aquella frase como si fuera una pregunta.

—No —respondió él con ironía—. Una mujer fue mutilada de tal forma que tuvieron que utilizar los números de serie de sus implantes mamarios para identificarla. Mi mejor (y único) amigo está muerto. Y teniendo en cuenta lo que he oído, nada me va a detener.

Hunter terminó el café y se sirvió otro, luego le miró antes de clavar los ojos en su hermano. Los dos acercaron sus tazas para que también las rellenara. Cuando su cuñado inclinó la cafetera, Joaquin observó fluir el líquido. Tenía la sensación de que el mayor de los Edgington estaba leyéndole los pensamientos.

—¿Las evidencias señalan algún responsable? ¿Tienes alguna teoría?

—No. Necesito vuestra ayuda. La difunta clienta de Nate no sabía quién estaba detrás de ella. El propio Nate no lo descubrió tampoco. Yo he escuchado conversaciones incriminatorias a través de un número sin identificar, y los cabrones no utilizaron ningún nombre. Tampoco indicaron a quién o qué representaban. Uno in-

dicaba a los objetivos mientras que el otro hacía el trabajo sucio. Pero para descubrir su identidad, tendría que tener vía libre para mirar los registros telefónicos, y con un dispositivo desechable, hay pocas posibilidades de conseguir esa información. Tenía la esperanza de que averiguar por qué los mataron podría llevarme a quién.

Logan asintió.

—Si no tienes nada más...

—No lo tengo.

—Entonces, esa es tu mejor opción. ¿Nadie ha llevado a cabo una investigación sobre esas personas muertas...?

—Me han suspendido por un mes. Estoy bastante seguro de que cuando vuelva no tendré ni siquiera trabajo, pero no pienso rendirme. Resolveré esto. Aquí es donde entráis vosotros.

—¿Qué necesitas? —Hunter dio un sorbo a su café.

—Recursos. Cualquier cosa que me pueda ayudar para averiguar quién hizo esto y por qué. —Se encogió de hombros—. E imagino que vosotros los tendréis.

Logan sonrió con aire de suficiencia. La expresión de Hunter era casi un reflejo de la de él.

Eso era un sí.

—La mujer a la que seguían —continuó con la historia— tenía unos veintiún años, de ascendencia angloeuropea, seguramente del Este, pero nació en Estados Unidos, y fue adoptada en diciembre de 1998, cuando tenía aproximadamente cinco años. Cuando encontré las notas de Nate, vi que había trabajado de forma compulsiva y que encontró una serie de mutilaciones similares durante las dos últimas semanas, repartidas por todo el país. Fueron cuatro en total, pero nadie las había conectado todavía. Todas las mujeres tenían la misma edad y el mismo origen étnico, y fueron adoptadas casi a la vez. La llamada telefónica que pinché entre esos dos hombres indicaba que han realizado una lista en la que incluyeron a todas las mujeres de Estados Unidos que cumplen esos criterios. Decían que encontrarían a Tatiana Aslanov aunque tuvieran que matar a un centenar de chicas para dar con ella.

Hunter y Logan compartieron otra rápida mirada, pero tampoco dijeron nada.

—¿Qué sabes de ella? —preguntó Hunter.

—Nada. Llevé a cabo las búsquedas habituales, sin resultados. Es como si nunca hubiera existido.

—A algunas personas les gustaría que siga siendo así —afirmó Logan.

—¿Sabéis algo sobre esta chica?

—Sí —respondió Hunter—. Y te pondremos al tanto en cuanto termines con la historia.

Joaquin asintió, satisfecho por haber seguido el presentimiento que le había llevado hasta allí.

—Hace unas quince horas, volví a pillar por casualidad a los dos cabrones hablando de la caza de la joven Aslanov. Luego, de repente, se quedaron callados, como si supieran que alguien estaba escuchándoles. O quizá se quedaron sin batería. No sé. Pero la conversación se detuvo bruscamente. Otro cuerpo que corresponde a la misma descripción fue hallado esta tarde en Atlanta. El que busca a la mujer está poniendo empeño.

—Y es evidente que no la han encontrado —especuló Hunter—. Si lo hubieran hecho, no matarían a su víctima y pasarían a la siguiente.

—En efecto —convino él—. Por lo que sé, quieren información. Tiene sentido que si una mujer no es la que buscan, se deshagan de ella. Después de todo, no pueden dejar testigos que hablen.

—Exacto —agregó Logan.

—Pero ¿por qué poner fin a sus vidas de forma tan brutal? —Hunter parecía perplejo.

—¿Mi opinión? Porque puede. Se trata de un capullo que disfruta torturando. Apuesto lo que sea a que le excita que una mujer suplique por su vida.

—Un puto enfermo. —El desprecio de Logan no podría ser más evidente.

—Los hechos comenzaron en la zona de Washington DC y bajaron por la costa este, hasta el sur de Miami, luego se desplazaron hacia el oeste. Cada uno de los cuerpos está... —Se estremeció cuando pasaron por su mente las fotografías de las escenas de los crímenes, cada una más horripilante que la anterior. Aquellas mujeres habían sufrido una muerte horrible a manos de aquel «puto enfermo».

Logan le dio una palmada en la espalda.

—No lo pienses. ¿Cómo podemos ayudarte?

—Esos asesinos van dos pasos por delante de mí. Necesito ayuda para redactar una lista de mujeres que cumplan ese perfil y advertirles antes de que se conviertan en víctimas.

—Podemos ayudarte con eso —prometió Hunter.

—Y eso es todo lo que tengo. Ahora decidme qué sabéis de Tatiana Aslanov.

—Nada en concreto, además de su nombre. Estoy más familiarizado con el trabajo de su padre. —Logan ladeó la cabeza—. ¿Sabes quién es Callindra Howe?

—¿La heredera que desapareció hace una década? Sí, he oído hablar de ella.

—Bien. La conocemos personalmente, así que sabemos lo que tuvo que pasar para escapar de los cabrones que la persiguieron a causa de la investigación de Viktor Aslanov. La historia tiene más miga que lo que se cuenta en las noticias.

—¿De verdad la conoces? —No sabía si creérselo.

—Antes de casarse, Logan tuvo oportunidad de conocerla muy de cerca y en persona —añadió Hunter.

—¿Y pasaste de ella? —Le daban ganas de llamar idiota al menor de los Edgington.

—¡Oye! —intervino Logan—. Los dos estábamos enamorados de otras personas.

¿Lo decía en serio?

—¿De veras? ¿Viste esa foto en la que la pillaron con su antiguo jefe en Tahití hace unos meses? —Había sido todo un bombazo—. Está buenísima en bikini. Y parece que su novio pasa, es de los que mira hacia otro lado.

Los hermanos Edgington intercambiaron otra mirada. Bien, poseían más información que él no conocía. Ya retomaría el tema más tarde. Ahora, sus objetivos eran vengar a Nate e impedir que murieran más mujeres, no preocuparse por celebridades de pacotilla.

—¿Sabéis algo del caso Aslanov a través de Callindra Howe?

Logan asintió.

—El prometido de Callie, Sean, todavía hace alguna investigación para el FBI. Y la Agencia está convencida de que ningún científico, en especial uno que realiza un trabajo de genética tan innovador como el de Aslanov, entregaría cada parte de su investigación a su jefe sabiendo que lo destruiría.

—¿Qué? —Joaquín no había podido dedicar demasiado tiempo a las noticias últimamente, y le avergonzaba un poco admitir que sabía más del aspecto que mostraba Callindra Howe en

una playa casi desnuda que de la manera en que se relacionaba con su caso.

—Su padre, Daniel Howe, contrató a Aslanov para encontrar una cura para el cáncer basada en el ADN cuando Callie era una niña —explicó Hunter—. Howe invirtió millones en la investigación del genetista ruso para tratar de impedir que su esposa muriera a causa del cáncer de ovarios. Al ver que no funcionaba, continuó con su propósito, esperando que nadie más tuviera que sufrir como habían hecho él y su familia.

—Cierto. —Recordaba esa parte.

—Luego, cuando Howe descubrió que Aslanov se había concentrado en otros marcadores genéticos que no tenían nada que ver con el tema para el que había donado su dinero y que el científico había vendido esa información por separado para enriquecerse, el padre de Callie exigió a Aslanov que le entregara sus hallazgos, ya que eran fruto de su dinero. Aslanov entregó a Howe todos los resultados de la investigación que supuestamente había llevado a cabo con su financiación. Pero el final de su relación comercial era claro y el científico debía saber que el multimillonario iba a destruir el trabajo de su vida. ¿Qué crees que hizo?

—¿No piensa todo el mundo que Aslanov dejó una copia en otro lugar?

—Es lo que habrías hecho tú en su lugar, ¿verdad? —presionó Logan—. ¿Habrías soportado años de estudios, ser condenado al ostracismo en tu propio país por culpa de tus discutibles experimentos, trabajar como un perro durante años, para luego entregarlo todo, sabiendo que se convertiría en humo?

Su orgullo no se lo permitiría. Y estaba seguro de que lo mismo le ocurriría al resto de los hombres.

—No.

—Así que el FBI está convencido de que hay otra copia de esa investigación genética en algún lugar. Lo que sabemos es que Aslanov vendió sus primeras conclusiones a un grupo separatista con buena financiación. Unos putos locos con delirios de grandeza. Ellos llevaron a cabo sus experimentos en América del Sur con algunos soldados estadounidenses que previamente secuestraron. Cuando volvieron a ponerse en contacto con Aslanov para que les facilitara el resto de la investigación, el ruso les indicó que no

había más. Entonces dispararon a su mujer y a sus dos hijos. A él lo torturaron sin piedad durante casi dos días antes de matarlo también.

Joaquín absorbió toda esa información y dejó que diera vueltas en su cabeza.

—Eso es terrible, pero ¿qué tiene que ver con mi caso?

Logan le dio una palmada en la espalda.

—Bueno, los separatistas no tienen en sus manos toda la investigación. Aslanov tenía tres hijos, pero las autoridades solo recuperaron los cuerpos de dos. Puede que los dirigentes de esta organización estén locos, pero no son estúpidos. Apostaría que encontraron la sombría noticia de una niña cubierta de sangre que caminaba por un sendero de tierra el mismo día de noviembre en que cometieron los homicidios, a menos de un par de kilómetros de la escena del crimen, y decidieron que era la hija desaparecida de Aslanov.

—¿Quieres decir que todo esto es por Tatiana Aslanov y que todavía sigue viva? —Notó el impulso de la adrenalina en la sangre. Por fin, después de semanas de frustración, podía avanzar en alguna dirección.

—Exacto. Sin embargo, no vas a poder seguirle la pista con facilidad. Según Sean, los registros de adopción están sellados. Lo que sí sabemos es que existe una niña de cinco años a la que encontraron junto a un camino en estado de *shock* y que la criatura no podía recordar su nombre. La pareja que la encontró la llevó al sheriff local. Fue adoptada poco tiempo después.

—Debe de ser la que buscan estas personas, para averiguar qué sabe sobre la investigación de su padre o dónde pudo haber escondido sus hallazgos. —Joaquín dejó escapar un suspiro—. Tengo que dar con ella.

—Antes que ellos —añadió Hunter.

—Lo que significa que no tenemos mucho tiempo. Días como máximo. Seguramente solo horas.

Hunter sacó el móvil del bolsillo de los pantalones de chándal e hizo una llamada. Logan lo imitó. Al cabo de unos minutos, el lugar estaba repleto de gente. El primero en aparecer fue un hombre muy grande con el pelo rubio. Hunter lo presentó como su cuñado, Deke.

El hombre le estrechó la mano.

—No voy a poder quedarme mucho. Kimber comenzó a tener contracciones esta tarde.

—Es mi hermana —le facilitó Logan, antes de fruncir el ceño—. Todavía no le toca.

—Sí, está de veintiocho semanas, así que es un tema preocupante. Se las detendrán... si pueden.

—No te preocupes —le dijo Hunter—. Si tienes que irte, te largas.

—Jack también en está en camino. A Morgan todavía le queda mucho, así que no habrá ningún problema con él.

Joaquín frunció el ceño mientras los miraba. ¿Qué ceño...? Un montón de tipos duros con mujeres e hijos. ¿Estaban tratando de duplicar la población de Lafayette, Luisiana, sin ayuda extra, o solo querían conseguir batir algún récord del libro Guinness?

—Tu esposa está embarazada —le indicó a Hunter—. Y también la tuya —señaló a Deke—. La del tal Jack está a la espera también y... —se volvió hacia Logan— la tuya acaba de tener gemelas.

—Sí. —Logan esbozó una sonrisa angelical—. Y no te olvides de mi amigo, Xander. Su hermano y él están esperando que su esposa dé a luz. Le faltan seis semanas.

—¿Su hermano y él?

Logan asintió al tiempo que le dirigía una mirada que hizo que no se atreviera a preguntar más.

Lo cierto era que no le importaba cómo vivían esos chicos, pero...

—¿Qué mierda le echan al agua de la zona? Si me acuesto con alguna mientras estoy por aquí, recordadme que le diga que no la beba.

Deke soltó una carcajada.

—No es por el agua. Es que follamos mucho.

Logan hizo una mueca.

—No quiero saber nada de eso en relación con mi hermana, ¿vale? Necesito lavarme las orejas.

—No seas hipócrita. —Deke dio a Logan un puñetazo en el hombro—. Mi esposa está muy buena.

Hunter puso los ojos en blanco.

—Estoy haciendo caso omiso a tus comentarios con respecto a mi hermana. En lo personal, creo que todos estamos intentando seguir la estela de Tyler.

—Ellos ya van por el tercer bebé —convino Logan con un gesto de cabeza.

—Delaney quiere que esta vez sea una niña.

En lo personal, a Joaquín le importaba una mierda el tema de la procreación, pero justo cuando abrió la boca para recordarles que tenían que trabajar en un caso y que varias vidas pendían de un hilo, apareció Jack Cole. Venía acompañado de un muchacho que presentó como Stone, que tenía una frente despejada, mandíbula cuadrada y mirada vacía.

Joaquín puso a los recién llegados al corriente de todo lo más rápido que pudo. A los cinco minutos había varios ordenadores trabajando y en el aire flotaba el zumbido de una conexión segura a internet. Varios de los hombres hablaban por teléfono con sus contactos, y la lista de niñas de cinco años adoptadas en 1998 crecía con rapidez. Los dedos de Stone volaban sobre el teclado porque, aunque podía parecer un hombre de las cavernas, ese chico era un mago de la tecnología. En pocos momentos, había confeccionado una larga lista de nombres de chicas que se ajustaban al perfil de Tatiana Aslanov.

Por último, cuando el sol surcaba el horizonte de Luisiana, Logan hizo una última llamada a un tipo llamado Mitchell Thorpe. El nombre le resultaba familiar, pero no logró situarlo.

—¿Callie está contigo? —preguntó Logan al tal Mitchell.

—Justo a mi lado —repuso la voz por el altavoz—. ¿No es cierto, gatita?

Se escuchó un suspiro femenino seguido por una risita.

—Sí. ¡Para!

—¿Te gustaría cambiar el tono y expresarlo de otra forma? Parecía una orden —repuso el hombre con voz de mando.

—Lo siento. —Ella sonaba casi contrita..., pero no por completo.

—Porque es una descarada —intervino otro hombre al otro extremo de la línea.

Joaquín frunció el ceño. ¿La Callie que hablaba por el teléfono sería Callindra Howe? Parecía que sí. Así que Thorpe estaba con Callie y... ¿con alguien más? ¿Con su prometido?

—¿Necesitas hablar con ella, Logan? —preguntó Thorpe.

—Con tu permiso.

«¿Permiso?». ¿Es que ninguno de esos tipos era normal? Daba igual. Si podían ayudarle a resolver esos asesinatos y a encontrar justicia para Nate, no importaba nada más.

—Por supuesto.

El altavoz resonó antes de que se escuchara con nitidez la voz de una mujer.

—¿Logan?

—Hola, Callie. Lo siento si te hemos despertado.

—Estábamos haciendo el vago. Sean está medio dormido, pero no pasa nada. ¿Qué tal Tara? ¿Le ocurre algo?

—No. Es que necesito tu ayuda.

—La tienes. Pide lo que necesites.

—¿Podrías reunirte con el hermano de Kata en Dallas para hablar con él? ¿Cuándo es la boda?

—El próximo sábado.

—¿Puedes quedar antes de esa fecha? Sé que estarás a tope, pero se trata de algo relacionado con Aslanov. El asunto aún colea, y desde una nueva perspectiva.

—¿Qué quieres decir? —La segunda voz masculina resonó de nuevo a través del teléfono, ahora mucho más aguda.

—¿Estás medio dormido, Mackenzie?

—Ahora ya estoy despierto —murmuró Sean—. Dime qué está pasando.

—El tiempo es esencial y no quiero hablar demasiado por teléfono. —Logan hizo una mueca.

Joaquin asintió.

«Nunca se sabe quién puede estar escuchando...».

—Podemos arreglar una reunión —propuso Callie a Logan.

—Gracias, cielo. Ya te avisaremos.

—Genial —intervino Thorpe—. Estaremos esperando.

Logan colgó y le miró.

—Tienen más información que nadie. Puedes entrevistarte con ellos, a ver si eso te ayuda a dar otra visión al caso.

—Gracias.

Logan asintió.

—De nada. Espero que podamos impedir que se pierdan más vidas.

—Lo tengo —intervino Stone.

Dado que el chico apenas hablaba, Joaquin se había olvidado de su presencia. Bueno, salvo por el constante movimiento en el teclado.

—¿Tienes una lista? —preguntó Jack, aclarándose la voz.

—Sí. —Stone asintió con brusquedad—. Lo he reducido a las mujeres que cumplen el perfil y siguen vivas. Luego he ido más allá y he descartado las que no tuvieran los ojos azules, ya que en la única foto que he encontrado de ella, Tatiana Aslanov poseía ese rasgo. Tenía solo dos años en ese momento, pero espero que los conserve. Eso nos deja cuatro posibilidades: Caitlyn Wells de Mobile, Alabama. Emily Boyle, de Norman, Oklahoma. Bailey Benson, de Houston, Texas. Y Alicia Allen, de Casa Grande, Arizona. He reunido unas breves biografías de ellas.

Stone las había impreso y se las entregó. Lo miró con profunda admiración.

—¿De dónde has salido?

—De prisión —repuso el hombre con expresión inmutable—. Jack me paga para que haga buen uso de mis habilidades en vez de *hackear* al Tío Sam o jugar con los pagos de los clientes en los grandes almacenes.

No se le ocurrió que fuera una broma. Además de ser bueno con el ordenador, lucía tatuajes en los brazos, y unos fuertes músculos acechaban debajo de la camiseta; parecía un chico malo. Pero era bueno tener a un exconvicto de su parte.

—Gracias.

Stone asintió con la cabeza. Llevaba el pelo muy corto, casi parecía una capa de pintura sobre el cuero cabelludo, lo que coincidía con sus inexpresivos ojos oscuros.

—Por cierto, Logan me pidió que comprobara si todavía tenías trabajo. Aún no te han echado, lo miré. Pero hay prevista una reunión sobre el tema el próximo martes.

«¡Genial!».

—Gracias, un detalle.

Jack le dio una palmada a Stone en la espalda.

—Buen trabajo.

Joaquín miró la lista. Lo más obvio sería ir a Mobile en primer lugar, pero ¿y si esos cabrones habían cambiado su *modus operandi* o interrumpido su recorrido por el país por alguna razón?

—¿Tengo alguna posibilidad de convencerlos de que nos dividamos la lista entre todos?

—Creo que tomaré un avión con destino a Mobile —se ofreció Jack con una sonrisa—. Hay un lugar donde dan unas galletas deliciosas, así que cuando termine, me daré un festín.

—Yo iré a Norman —dijo Logan—. He estado antes allí y sé cómo moverme. No me llevará mucho tiempo.

—Yo viví en Houston —señaló él—. Puedo ir y volver con rapidez.

—Creo que eso me deja a mí el próximo vuelo a Arizona —bromeó Hunter—. ¿Dónde está ese lugar?

—A medio camino entre Tucson y Phoenix. Pasé por allí una vez—. Joaquín se encogió de hombros—. Míralo por el lado bueno. No es una gran ciudad. Te va a llevar más tiempo llegar allí que encontrar a la chica.

—El que la encuentre, debe llevarla a un lugar seguro, en el que podamos vigilarla las veinticuatro horas del día durante los siete días de la semana. Un sitio como el Dominium. —Logan se volvió hacia Joaquín—. Es el club de Thorpe en Dallas. Callie y Sean también estarán allí. Podremos interrogarlos a la vez.

—¿Un club?

—De BDSM. —Logan tensó la mandíbula—. ¿Algún comentario al respecto?

—¿Por qué razón?

—Ninguna.

—Excelente.

—Pues mejor que sigas así. —Pero estaba claro que Hunter no bromeaba.

Lo que sea. La impaciencia estaba empezando a revolverle el estómago. Solo quería conseguir que las cosas se pusieran en marcha.

—Avisad en cuanto lleguéis a vuestro destino y encontréis a vuestro objetivo, da igual que lo identifiquéis o lo descartéis —dijo él.

—¿Qué hacemos con las chicas que sabemos que no son Tatiana? No podemos dejarlas a merced de este sádico hijo de puta y del cabrón que le da las órdenes.

Una pesada losa pareció caer sobre el grupo. Nadie quería poner vidas en peligro... Todos se negaban a abandonar a otra mujer inocente en manos de esos asesinos.

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él —sugirió Logan.

—De acuerdo. —A Joaquín no le gustó, pero estuvo de acuerdo—. Ahora tenemos que seguir adelante. Cuanto más tiempo tardemos, más probable es que haya otra muerte.